

tan exigente, que llega á ser egoista y desleal.

Habia momentos, momentos indescriptibles, en que Gustavo, cuando Nichette se entregaba con él á todas las expansiones de su alma, trataba de figurarse que aquel hermoso cuerpo que se estremecía bajo sus besos, era el de Laurencia; y la pobre de Nichette pensaba entonces en su confiada ignorancia.

—Me parece que Gustavo jamas me ha amado tanto como ahora.

Si hubiera sabido á qué debia la energía de aquellos abrazos, la pobre muchacha hubiera llorado bastante.

Sin embargo, mientras mas se acercaba el momento en que Gustavo iba á abandonar para siempre á Nichette, mas halagüeños, mas seductores se presentaban á su mente sus recuerdos de jóven y de soltero para decirle:

—Quédate con nosotros!

Una vez vino á casa de la modista, mientras ésta habia salido; tomó la llave, y subió; y esperándola, pasó revista á todos los objetos que componian el pequeño aposento de su querida. De esta manera volvió á ver todos los que la habia dado, é hizo memorias de las circunstancias en que la habia hecho esos regalos.

—“¡Pobre niña! decia en voz baja examinando las pequeñas estatuas de yeso y los cuadros con que habia adornado su aposento; ¡qué cuidado pone en todo lo que la viene de mí. . . !

He aquí sus modestas alhajas, las únicas que ha querido aceptar; no las usa mas que para salir conmigo. . . . He aquí mi retrato, que ella ha ocultado en el fondo de su lecho, detras de las colgaduras, para no comprometerme con las gentes que pudieran venir á su casa.

“¡Buena Nichette. . . . ! Un dia contemplará llorando todos estos objetos, á los cuales ahora sonríe, y que la recordarán al hombre que la habrá abandonado, y que en ese momento amará á otra. Ellos harán mas profunda su soledad, porque con su vista la impedirán casi hasta el consuelo de pedir á otro hombre lo que no ha encontrado en mí.”

Y cuando pensaba de esta manera, Gustavo hubiera querido tal vez hallar en su corazón una razon harto fuerte para permanecer en aquel género de vida; pero siempre las promesas de felicidad que le hacia el porvenir en el solo nombre de Laurencia le obligaban á partir, lo cual no le impedia derramar lágrimas pensando en Nichette, como una madre que habiendo tenido dos hijos, hubiera perdido uno, lloraria al que le habia arrebatado la tumba y sonreiria al mismo tiempo con los besos del que le quedaba, que acabaria acaso por consolarla enteramente.

Gustavo se hallaba, pues, en medio del aposento de Nichette, con los ojos arrasados de lágrimas, cuando la jóven entró sin que él la

percibiera, y vino andando de puntitas á apoyar su cabeza graciosa sobre la espalda de su amante.

Este se volvió de pronto, y encontró una sonrisa y un dulcísimo beso sobre los labios de la modista.

—¿Qué tienes? le preguntó ésta, porque no habia podido Gustavo ocultar su emocion.

—Nada tengo, mi buena Nichette, respondió Daumont abrazándola; solamente estoy un poco triste, pensando que voy á separarme otra vez de tí.

—Conque siempre vuelves á partir?

—Sí.

—Has recibido noticias de Niza?

—Esta mañana recibí una carta.

—Sigue mas malo Edmundo?

—No, pero no va mejor. y el pobre jóven desea con ahinco tenerme á su lado; es preciso no negar nada á los enfermos.

—Gustavo.! murmuró Nichette con un acento suplicante.

—¿Qué quieres?

—Sí me amaras, harías una cosa.!

—Díla.

—Pero tú no querrás.

—Díla siempre. y si es posible, te prometo hacerla.

—Oh! es mas que posible. es fácil.

—Habla, pues.

—Llévame contigo.

—Cuando me escribiste para pedirme eso, mi querida niña, te dí todas las razones que me impedían acceder á tu deseo.

—Conque no quieres?

—No, respondió con dulzura Gustavo.

—No habria vivido contigo, replicó la pobre muchacha, como si esta razon hubiera debido influir en la determinacion de su amante, que nada respondió.

Entónces Nichette prosiguió creyendo haber ganado terreno:

—Yo alquilaria algun aposento pequeño en Niza; nadie sabria ni quién soy ni á qué iba allí. — La señora de Péreux, Edmundo mismo, lo ignoraria. Tú irias á verme de tiempo en tiempo, á las horas en que nadie hay en las calles, por la noche. ¡y seria tan feliz! porque ¡mira! Paris es tan triste cuando no estás tú en él.

—Muy pronto volveré, querida mia, contestó á Nichette, y ya no nos volverémos á separar.

—Como quieras. tú eres el dueño. replicó la jóven limpiándose los ojos. ¿Cuándo te vas?

—Dentro de cinco ó seis dias.

—¿Quieres que te acompañe hasta Chalons? así estaré un poco de mas tiempo contigo.

—Pues bien ! me acompañarás hasta ahí, dijo Gustavo muy contento, con poder conceder algo á la jóven.

—Oh, qué bueno eres ! dijo ella echándole sus lindos brazos al cuello, y saltando de alegría.

Gustavo era para Nichette desde que estaba de vuelta, lo que un padre para su hijo, á quien va á meter al colegio donde se fastidiará grandemente. La concedia todos los placeres que podia proporcionarla, diciéndose:

—A lo ménos se habrá divertido un poco.

Durante este tiempo recibió una carta de Edmundo, porque es fácil de imaginarse que la carta que Gustavo dijo á Nichette haber recibido, no era otra cosa que un pretesto; nadie le habia escrito.

He aquí lo que nuestro enfermo le decia ahora:

“Estoy muy débil todavía, mi querido amigo; pero quiero hacer un esfuerzo, y escribirte unos cuantos renglones.

“Te diré para concluir desde luego, con lo que me toca á mí, que voy un poco mejor, y que esta mejoría promete ir en aumento.

“Mi madre me ha hablado de la conversacion que tuviste con ella, y me ha hecho conocer la verdadera causa de tu partida. No te ocultaré que inmediatamente me he puesto á pensar en nuestra pobre Nichette, tan

“buena, tan amorosa, y á quien hemos debido á veces tan buenos dias. Pero luego he reflexionado; y como se acerca el momento en que debes volver, si vuelves, he querido darte un consejo.

“Ya sabes que amo á Nichette con todo mi corazon; pero sabes tambien que te amo á tí muchísimo mas; y esto es natural. No titubearé, pues, en darte el consejo que en mi concepto puede hacerte dichoso, aun cuando este consejo deba afligirla. . . . Tu felicidad ántes que todo. . . . Pues bien, mi querido Gustavo, yo creo que tu felicidad se halla entre las manos de la señorita de Mortonne. . . . A tí es á quien debo á Antonina; no será á mí, por cierto, á quien debas á Laurencia; pero á lo ménos habré cumplido con mi deber, combatiendo tu indecision, si tienes todavía alguna. Comencemos con que te ama, y mucho, porque he hablado muchas ocasiones de tí con ella, y el interés que te profesa, se trasluce en todas sus palabras. . . . La felicidad está aquí, puesto que hay amor. . . . Su padre y su madre son excelentes, y reemplazarán para tí los padres que has perdido. La felicidad está aquí, puesto que hay familia. . . . porque te diré: si la felicidad no se busca en el seno de una familia amorosa, apacible, ¿dónde se buscará. . . . ?

“Laurencia es un ángel de candor y de her-

“mosura; es una alma nueva que puede la-
“brarse. . . . es un paraíso vírgen por conquis-
“tar. La felicidad está aquí, concluiré dicién-
“dote, pues que hay aquí religion, inocencia,
“amor y porvenir.

“Cásate con la señorita de Mortonne.

“Pero haz por Nichette todo lo que debes
“hacer. En tu lugar, no la ocultaría nada.
“Yo mismo se lo diría todo en lugar de escri-
“bírselo como piensas, sin duda, hacer. Esa
“muchacha tiene buen sentido, y sabe bien en
“el fondo de su corazón, que las relaciones de
“vdes. no podrían ser eternas; y yo creo que
“ella te quedará agradecida de la confianza
“que habrás tenido en su amor, si disientes tu
“posición con ella.

“Asegúrala su porvenir; esto no tengo nece-
“sidad de recomendártelo; pero asegúraselo de
“manera, que este mismo porvenir sea para
“ella una distracción. Cómprala algún peque-
“ño almacén, y deposita además de esto en
“casa de algún notario, una suma que esté
“siempre á su disposición, si no progresa en su
“pequeño comercio.

“Ya sabes que un enfermo, uno que se ha
“visto al borde de la tumba, tiene derecho
“de hablar como un viejo; casi he confesado
“todo esto á Laurencia, que se admiraba de
“que tardases tanto tiempo. En efecto, para
“recoger algunos papeles, no se necesita tanto

“tiempo como un mes, y ya hace casi tanto
“así que tú partiste. Yo la he dicho que
“tú prolongarías sin duda tu permanencia en
“Paris para arreglar todo esto como acabo
“de decirte. Ella me contestó que tenías ra-
“zon de obrar de esa manera, y que esa ac-
“ción era la de un corazón noble y de un hom-
“bre honrado. Ya comprenderás que no la
“he hecho esta confidencia á la señora de Mor-
“tonne, sino porque estaba seguro de su res-
“puesta.

“Pero apresúrate en volver, porque si ella
“concede que permanezcas en Paris para ase-
“gurar el porvenir de Nichette, no la cau-
“saría mucho placer que permanecieras ahí
“por amor á nuestra pobre amiga; lo que con-
“cluiría por suponer si te tardaras más.

“Nunca podrás imaginarte con cuánta faci-
“lidad comprenden las jóvenes ciertas delica-
“dezas de corazón, que no perdonan general-
“mente cuando están ya casadas”

Esta carta hizo cesar hasta las postreras
dudas de Gustavo; pero no pudo resolverse á
hacer á Nichette verbalmente la confesión de
su casamiento. Quiso retardar cuanto fuera po-
sible este momento, y no por otra cosa, sino por
afección á la modista, y por no emponzoñar la
alegría que la joven se prometía acompañan-
do á su amante.

—No! se decía interiormente Daumont; yo

quiero que sepa esto cuando yo ya esté lejos. Yo no quiero que haciendo memorias del tiempo que haya pasado junto á mí, encuentre una hora de amargura. Quiero que me agradezca aun el temor que he tenido de afligirla, y que hasta en este último paso encuentre una prueba de amor.

Siempre es hora de dar una mala noticia; y luego, ¿quién sabe si sus lágrimas no serian capaces de detenerme . . . ? Y Edmundo tiene razon; mi felicidad decididamente está allá. . . . porque siento que mi corazon está tambien allá.

Hay cosas que desgraciadamente no se pueden decir á una muger á quien se abandona por otra, porque la pasion no admite términos medios; y sin embargo, llega siempre un dia en que estas cosas se realizan: esto es cuando el tiempo ha cambiado las impresiones, y aquellos que se han amado, pueden pasar el uno al lado del otro sin despertar en su corazon otra cosa que el recuerdo, esa tibia ceniza de las sensaciones que ya murieron.

Si cuando despues de haber examinado por largo tiempo el alma, se convence uno definitivamente que no hay en ella ya amor por la muger que os lo habia inspirado, y que se le siente por otra; si entónces, decimos, pudiera francamente confesarse el estado del corazon á la muger á quien se va á dejar; si se la pudie-

ra hacer llegar desde luego á la temperatura de afeccion en que se encuentra uno con respecto á ella, y cambiar en amistad leal y afectuosa el amor que resiente aun, el corazon humano habria dado un gran paso. Pero desgraciadamente esto no puede tener lugar mas que con ciertos espíritus escogidos en quienes el amor propio en el primer momento, y la razon luego, prestan la fuerza suficiente para ocultar su dolor y borrar las memorias de lo pasado.

Esto era imposible con Nichette, que hubie-
ra prorumpido en sollozos, y que se hubiera
arrastrado á los piés de Gustavo.

Sin embargo, era necesario terminar.

Gustavo escribió á la señora de Péreux que al dia siguiente del en que recibiera su carta, estaria en Niza con ella.

Esto equivalia, como recordarán nuestros lectores, á decirla:

—Pido la mano de la señorita de Mortonne.

Aquella misma noche partió con Nichette.

La modista estaba encantada: jamas habia viajado, y todo lo que veia la encantaba. La pobre muchacha ni aun sospechaba que el fin de aquel viage que con tanta alegría emprendia, seria muy amargo.

A las seis de la mañana llegaron ámbos jóvenes á Chalons.

Al medio día debía partir para Lyon el buque de vapor.

Nichette, que durante todo el camino habia hecho á Gustavo repetirla que aquella separacion no seria larga, conservó su alegría hasta el momento en que el equipage de su amante fué llevado al buque, en donde permaneció todo el tiempo que se permite permanecer á los que van á despedirse de los viajeros.

Al fin, dieron la señal de la partida.

Nichette se embarcó en el bote que debía conducirla á tierra, despues de haber abrazado á Gustavo, quien permaneció sobre el puente para verla mas tiempo.

El bote comenzó á alejarse; y la modista no queria entristecer á su amante, á pesar de que ella sentia el corazon agobiado; le gritó sonriendo:

—Hasta dentro de poco, ¿verdad?

Gustavo contestó con una señal de cabeza, porque sintió que si abria la boca, las lágrimas ahogarian su voz.

Mientras que la jóven pudo ser vista, agitó en los aires su pañuelo: despues ella continuó mirando el buque, pero Gustavo ya no podia verla, porque se la confundia con las demas gentes y objetos que iban en el bote que entraba en el puerto.

—¡Vamos! se dijo á sí propia Nichette enjugando las lágrimas que corrian por sus megi-

llas, vendrá pronto; y tomó la resolucion de no llorar mas.

El bote atracó en tierra, y el buque desapareció en el espacio.

CAPITULO X

LEONIE NICHETTE



El que escribe esta libro, al hacerlo, no tiene mas objeto que el de pintar y de ser cadenas las transformacion... y las soe-
dad producen en el mundo, y que destruyen
est siempre algunas de sus partes teorías y
de las esperanzas que se habia hecho con-
ceder.
Gustavo se hallaba en uno de esos momen-
tos de transicion natural. El que habia
creido que la vida podia continuar como la
habia comenzado, conolia por experimentar la
influencia de las diferentes sensaciones que
excitaban al corazon en esos momentos en que
podria decirse propiamente que la vida se re-
nueva ó que varian sus horizontes. La vida
de la felicidad de Edmundo habia aducido en
él una á sus nuevas ideas.
Diciendo entre sí Edmundo moria tal vez
jóven habia tenido que confesar que antes de